



E. SALGARI

# LOS HORRORES DE LA SIBERIA

El coronel del ejército zarista Wassiloff e Ivan, estudiante de Odessa, están acusados de nihilismo y condenados a la deportación a Siberia.

Ambos se encuentran en el barco fluvial directo a Tobolsk, donde los deportados son embarcados con destino a las minas de Siberia, y se hacen amigos.

Juntos intentaran huir de su cruel destino y para ello contarán con la ayuda de María, hermana del coronel.

Ver una vez es mejor que oír cien veces.

Proverbio japonés.

## CAPITULO I

---

### LOS DESTERRADOS

---

**T**OBOLSK es una de las más importantes y pintorescas ciudades del Obi. Situada cerca de la confluencia del Tobol y del Irtych, afluente del Obi, alzase orgullosa aún sobre la estepa, haciéndose distinguir desde larga distancia por sus altivas cúpulas pintadas de vivos colores, y por su imponente *kremlin*, rodeado de almenados muros.

Como todas las ciudades asiáticas, se divide en dos partes completamente diferentes: la ciudad alta, protegida por el *kremlin*, situado al pie de una roca que se levanta un centenar de metros sobre el río, y en la que se agrupan el palacio de los agentes gubernativos, con cuarteles y pabellones para la guarnición y la policía; las prisiones de los desterrados, la catedral y otra iglesia secundaria. La ciudad baja está compuesta de casas de mezquina apariencia, habitadas por la población indígena y tártara; de chozas con tejados, en los que relucen al sol las chillonas tintas de sus pinturas.

Aunque muy antigua, pues fue erigida a raíz de la conquista de la Siberia<sup>[1]</sup>, su aspecto es absolutamente moderno, distinguiéndose en ella como único monumento de pasadas edades el obelisco levantado en honor de Iermak, valiente atamán de los cosacos del Don, que, al frente de

seis mil guerreros, aseguró a la Rusia en la mitad del siglo XVI la posesión de aquellas regiones que se extienden desde los confines de Europa hasta el estrecho de Behring.

Su población, compuesta en una pequeña parte de rusos, dedicados al comercio de pieles, de tártaros y de samoyedos, consta de unas quince mil almas, pero tiende constantemente a disminuir.

De cuando en cuando aumenta en algunos millares el número de sus vecinos; pero tal aumento es de poca duración y nada agradable ni deseado por los habituales habitantes, porque se trata de desterrados.

En Tobolsk es donde los infelices condenados a durísimos trabajos en las minas de cobre o mercurio comienzan su terrible marcha a pie a través de las heladas estepas hasta llegar al sitio donde han de cumplir su pena. Y allí forman aquellas cadenas interminables de hombres, cuyo calvario por tan inhospitalaria región dura meses y a veces años. Puede decirse que Tobolsk es la ciudad donde los desterrados dan el último adiós a la vida antes de aventurarse por las estepas, que representan la desolación y la muerte.

Tobolsk es el centro del que parten los condenados a destierro, el punto donde reciben su última hoja de ruta, y desde el cual empiezan la tremenda marcha a través de la *wladimirka* (el camino de la Siberia).

El 27 de diciembre de 1880, un buque de vapor de los que sirven para el transporte de desterrados hendía valientemente las aguas del Irtych, acercándose a Tobolsk, cuyas cúpulas se distinguían confusamente entre la bruma.

Era un esbelto barco de grandes ruedas, tripulado por buen número de marineros y de cosacos; pero aquel día no llevaba a remolque ninguna de aquellas enormes barcazas, defendidas con planchas de acero galvanizado, y que son verdaderos calabozos flotantes, en los que se amontonan como fardos los condenados por la justicia rusa.

La presencia de los cosacos, alineados a lo largo de la amura y con las bayonetas armadas, como dispuestos a conjurar cualquier peligro, indicaba bien a las claras que, si no remolcaba el vapor pontones, llevaba, en cambio, a su bordo prisioneros que vigilar.

Efectivamente: sentados cerca del palo mayor, y sujetos con fuertes esposas, venían dos hombres, que de cuando en cuando cambiaban breves frases.

Uno de ellos era una especie de gigante, de seis pies de estatura, con anchas espaldas y pecho enormemente levantado: un verdadero tipo de granadero finlandés. Podría tener treinta y seis o treinta y ocho años, pero en su frente se veían ya precoces arrugas y su fisonomía denotaba las pesadumbres de un largo padecer.

Era rubio, como casi todos los hombres de raza eslava o eslavo tártara, con largos bigotes, frente espaciosa y ojos de un azul oscuro, que tenían unas veces la dulce expresión de un alma buena y que otras relucían con relámpagos de ira profunda.

Su compañero formaba con él un extraño contraste: de estatura mediana, con cabellos negros, ojos de igual color y la cara un poco alargada, como suelen verse entre los habitantes de la Rusia meridional.

No parecía muy inquieto por encontrarse entre aquellos imponentes cosacos, que no le perdían un momento de vista, ni se preocupaba mucho de la cadena que sujetaba sus manos.

Mucho más joven que su compañero, pues sólo tendría unos veinte años, miraba a sus guardianes con gesto amenazador y sostenía valientemente sus miradas.

Cuando apenas distaba el vapor una milla de Tobolsk, el más joven de los presos dijo, volviéndose al otro, que parecía muy preocupado:

—¿Es aquí, coronel, donde sabremos la suerte que nos está reservada?

—¡La suerte! —respondió el interpelado, bajando la cabeza—. Ya está decidido nuestro destino, Iván: la Siberia nos aguarda.

—Es que todavía no sabemos dónde nos enviarán.

—Ya nos lo dirán en Tobolsk.

—¿Iremos muy lejos?

—Sin duda. Los hijos de Polonia y los nihilistas inspiran mucho miedo al Gobierno, que cuidará de mandarnos a las minas más lejanas, para quitarnos toda esperanza de volver.

—¿Y dónde están esas minas?

—En Werhojansk o más lejos, en Nijnekolymsk, a siete mil kilómetros de Moscú.

—¿A siete mil kilómetros...? ¿Y tardaremos mucho en llegar?

—Dos años, lo menos.

—¿Y hay que viajar a pie?

—Sí.

—Entonces, tal vez podamos huir.

Una larga sonrisa frunció los labios del coronel al oír a Iván.

—¡Huir! —dijo en voz muy baja, para que no le oyeran los cosacos—. ¡No sabéis, Iván, lo que es la Siberia ni lo que son esas cadenas vivientes que marchan por la interminable *wladimirka*! ¡Cuando os hayan agarrotado las piernas con el infame hierro y el hambre, el frío y las marchas forzadas debiliten y extenúen vuestro cuerpo, entonces no pensaréis en huir...! ¡No, Iván, no conocéis la Siberia!

—¡Me estremecéis, coronel!

—¡Más os asustaréis luego, mi pobre compañero de desventuras!

—¿Viajaremos en compañía de otros?

—¡Quién sabe los centenares de infelices que nos esperan en las prisiones de Tobolsk!

—¿Todos desterrados políticos?

—Y ladrones y asesinos, que viajarán en nuestra compañía, comerán con nosotros y compartirán las duras tablas

del camastro.

—¿Nosotros con ladrones? —exclamó Iván, palideciendo—. ¡No, imposible! ¡Nosotros no somos asesinos!

—¿Qué importa eso al Gobierno y a nuestro padre el zar? Ellos no establecen diferencia alguna entre los que luchamos por una idea y el ladrón que roba y mata. Al contrario, porque nos temen más nos tratan peor que a los asesinos.

—¡Oh, pero yo...! —dijo Iván, mirando ferozmente a los cosacos y amenazándoles con el puño.

Un oficial, que vio su actitud hostil, acercóse a Iván, diciéndole con desprecio:

—¡Estoy oyendo tus bravatas, y vas a probar el látigo! ¡A callar, canalla!

—¡Es que yo...! —respondió Iván, dirigiéndole una mirada aguda como la punta de un puñal.

—¡Qué te calles!

—¡Nadie puede impedir que hable!

—¡Te lo prohíbo yo, perro nihilista!

—¡El perro serás tú! —contestó Iván, furioso.

Ante aquel insulto, el oficial permaneció suspenso un instante, y en seguida, impasible, empuñó el látigo y se fue hacia Iván.

—¡Puedes pegarme a tu placer...! ¡Mis espaldas llevan ya las sangrientas señales de tu infame *knut*!

Esta respuesta irritó doblemente al cosaco, que dio un terrible latigazo a Iván; pero las bolas de plomo con que terminaban las correas del látigo no dieron en la espalda del prisionero.

El coronel, rápido como el relámpago, se colocó ante su compañero, recibiendo el latigazo.

—¿Es así como se respetan las órdenes de nuestro padre el zar? —dijo el gigante con voz tranquila, pero mirando ferozmente al oficial—. ¿Ignoráis, señor oficial, que están prohibidos los castigos corporales, y es preciso que os lo recuerde yo, un condenado, pero que no hace un mes



era todavía vuestro superior...? ¡Ah...! ¡Pero lo sé bien...! ¡En el fondo de la Siberia los soldados de Rusia y los polizontes no se avergüenzan de empuñar el infame *knut* destrozando con él las carnes de los infelices que el Destino ha puesto en sus manos...! ¡Pero todavía, señor oficial, no estamos en las minas, en aquellos antros cerrados a las miradas humanas...! ¡Fuera ese látigo!

Una sonrisa burlona se dibujó en los labios del oficial, en tanto que sus hombres, por precaución, armaban sus fusiles.

El prisionero alzóse del asiento y, avanzando hacia el oficial, le gritó con un tono que demostraba su costumbre del mando:

—¡Fuera esa fusta he dicho...! ¡Tal vez algún día volváis a ver al coronel Wassiloff, y entonces sentiréis el peso de sus brazos!

El cosaco ya no reía y el brazo con que sostenía el látigo cayó lentamente.

—Es verdad —dijo, después de algunos momentos de silencio—. Nuestro padre el zar no quiere que se emplee contra los desterrados ni el látigo ni el *knut*.

Y volvió bruscamente la espalda a los prisioneros, yendo otra vez a apoyarse en la amura del barco, mientras el coronel se sentaba de nuevo junto a Iván, haciendo sonar lúgubremente sus cadenas.

—¡Gracias, coronel Wassiloff! —dijo conmovido el joven—. ¡Es la segunda vez que me libráis del látigo de esa canalla!

—Sed prudente —le contestó el coronel—. Aquí todavía puedo hacerme respetar algo por el grado y la posición que ocupaba; pero cuando forme parte de la cadena viviente seré un condenado perpetuo y me confundirán con toda clase de desgraciados. Evitad, pues, suscitar cuestiones ni enardecer a los cosacos. He ahí el *kremlin* —añadió variando de tono—. Dentro de una hora sabremos nuestra suerte, a menos que...

—¿Qué decís? —le interrogó Iván, viendo que el coronel se interrumpía bruscamente.

—Que debamos sufrir un nuevo interrogatorio.

—Lo resistiremos igual que el otro.

—¡Es mucho más terrible!

—Os comprendo. Tratarán por todos los medios de arrancarme los nombres.

—Sí, Iván.

—¡Pues no hablaré!

—Estamos en Siberia, Iván.

—¡Os digo que no hablaré!

—Lo dudo.

—¿Me creéis capaz de traicionar a mis compañeros?

—No; pero os arrancarán los nombres.

—Resistiré.

—La policía rusa no se detiene ante ninguna infamia. La Siberia no es Rusia, y lo que aquí pasa no se sabe ni en Moscú ni en San Petersburgo.

—¿Queréis asustarme, coronel?

—¿Por qué? Sólo deseo ponerlos en guardia, mi pobre compañero.

—Pero... ¿creéis?... —le preguntó Iván, mirándole con profunda inquietud.

—¡Qué el tormento os obligará a declarar!

—¡Resistiré los más crueles martirios, y no nombraré a ninguno! ¡Lo juro!

—Sois un joven valiente, y os admiro.

Después, como hablando consigo mismo, añadió el coronel:

—Me matarán, pero no sabrán los nombres de mis compañeros... ¡Pobre María Federowna! —murmuró con voz angustiada.

—¡Algún profundo dolor os destroza el alma, coronel! —dijo Iván, que lo miraba atentamente.

—¡Es verdad! —respondió, bajando tristemente la cabeza—. ¡Ah! Cuando pienso en ella —añadió—, se me destro-

za el alma y siento que me falta el valor... ¡Pobre hermana mía!...

—¡Tobolsk! —gritó en aquel instante el piloto.

El coronel se levantó, sacudiendo furiosamente la cadena que le oprimía las muñecas\*

—¡Ahora! —dijo con fiereza—, ¡preparémonos para la lucha!

## CAPITULO II

---

### EL «ISPRAVNIK»

---

EL vapor maniobró diestramente y bien pronto atracó junto al muelle.

Algunos cosacos de infantería, con el *colbak* de pieles calado hasta los ojos para defender las orejas del frío agudísimo que venía de la estepa, aguardaban en un lanchón, haciendo resonar en la madera las culatas de sus fusiles.

Avisados del arribo de los dos prisioneros, acudieron para prestar auxilio a los guardianes en caso de necesidad.

—Vamos —dijo el oficial de cosacos, volviéndose hacia el coronel e Iván—. El *ispravnik* (jefe de policía) os espera, y no es prudente, por vosotros mismos, ponerle de mal humor.

—Estamos a vuestra disposición —contestó el gigantesco coronel con voz tranquila.

Desembarcaron, y como era bastante temprano, aún estaban desiertas las calles que atravesó la comitiva de guardias, en cuyo centro iban los dos presos.

Sólo encontraron a algún que otro tártaro envuelto en su larga zamarra y con la cabeza cubierta con un gorro de piel de oso o de lobo, cuya silueta se esfumaba entre la niebla espesa y fría que envolvía a la ciudad.

La comitiva, a la que se unieron los cosacos que aguardaban la llegada de los prisioneros, cruzó la ciudad baja, yendo los guardias con los fusiles preparados a todo evento, aunque fueran a descargarlos contra el coronel y su compañero al primer intento de fuga.

Una vez en el *kremlin*, y después de cruzar la férrea puerta de la muralla, llegaron hasta el pabellón del jefe de la policía.

Cambiado el santo y seña con los centinelas que aguardaban la entrada, los prisioneros fueron conducidos a una celda de unos cuatro metros cuadrados, con su ventanuco defendido por gruesos barrotes de hierro, y en la que había, como único mobiliario, un banco de madera inclinado: el lecho de los presos.

La pesada puerta con planchas de hierro se cerró tras ellos, que quedaron en silencio, escuchándose sólo los acompasados pasos de un centinela que vigilaba fuera.

—Tengo una duda, coronel.

—¿Cuál?

—Que las torturas que sufren los desterrados sean más crueles aún de lo que se cree en Rusia.

—Más tarde lo sabréis, y desearéis la muerte como único recurso de salvación y libertad.

—¿Y cómo puede permitir el zar tales infamias?

—Él las ignora. Las voces de los desgraciados que padecen aquí no llegan hasta su palacio.

—¿Y ésta es nuestra habitación? —preguntó Iván—. Ni vidrios para defendernos del frío, ni cubiertas en la cama, ni nada. Verdaderamente, coronel, la administración siberiana es muy económica.

—Y gracias que ahora nos cobija un techo. Después, hasta de él careceremos.

—Así se desharán de los desterrados, a fuerza de pulmonías.

—¿Y qué les importa a ellos nuestra muerte? Mejor; así tienen uno menos a quien vigilar.

—¡Silencio, coronel!

—¿Qué pasa?

—Alguien se acerca.

—El *ispravnik* —murmuró el coronel lanzando un hondo suspiro—. ¿Podremos resistir las artes diabólicas de este hombre?

Algunos hombres se habían detenido ante la entrada, cosacos sin duda, porque se oyeron chocar pesadamente contra el suelo las culatas de los fusiles.

La puerta se abrió, y un oficial de cosacos gritó desde ella:

—¡Sergio Wassiloff!

—El coronel palideció ligeramente; pero, repuesto en seguida, estrechó la mano de su compañero de infortunio y se adelantó, diciendo:

—Yo soy. ¿Dónde vamos?

—A ver al *ispravnik*.

—Estoy pronto.

Dirigió una última mirada a su compañero, que parecía presa de una viva inquietud, y después siguió al oficial y a los cuatro soldados que le acompañaban.

Después de atravesar un largo corredor, penetraron en una vasta estancia, en uno de cuyos ángulos ardía una gran estufa que esparcía grato calor. Sentado ante una mesa, con tapete verde, veíase un hombre de cincuenta años aproximadamente, alto, robusto y cubierto con una amplia pelliza. Tenía la cara dura y repulsiva; la nariz afilada y los ojos azules, que lanzaban destellos imponentes.

Era el *ispravnik*, el hombre más poderoso entre las autoridades siberianas, después del gobernador general, y a quien bastaba una leve seña para lanzar a un infeliz al fondo más espantoso de las minas de las estepas.

Dirigió al coronel una mirada aguda, y después, con voz seca, comenzó el interrogatorio, arrellanándose en su amplia poltrona:

—¿Vuestro nombre?

- Ya lo sabéis —contestó el coronel con voz firme.
- No importa. Debo oírlo de vuestros labios.
- Sergio Wassiloff.
- ¿Vuestro grado?
- Coronel del regimiento de Finlandia.
- ¿Y cómo habéis honrado el cargo!
- ¡Señor...! ¡Tenéis el derecho de interrogarme, pero no de dirigirme insultos!
- Ahora no sois nadie, sino un miserable desterrado.
- ¡Basta, señor jefe de la policía siberiana!
- ¡Bueno...! ¡Ya os domarán con el látigo!
- ¡Mataré al que lo intente!
- Y los míos os matarán a vos.
- ¡No temo la muerte! ¡La he desafiado muchas veces en Crimea, y aquí, en el pecho, llevo todavía las señales del plomo de los enemigos de Rusia!
- ¡Acabemos! ¿Vuestra edad?
- Treinta y seis años.
- ¿Dónde habéis nacido?
- En Varsovia.
- ¡Ah! ¿Sois polaco? Ahora lo comprendo todo.
- ¿Qué queréis decir?
- ¡A mí no se me interroga! ¿Sois casado?
- No.
- ¿Tenéis parientes?
- El coronel no respondió. Una emoción tremenda hacía temblar a aquel hombre valeroso.
- ¿No me habéis oído?
- Sí.
- Pues contestad.
- Nada: mi sola persona debe responder ante los magistrados del zar.
- Os engaáis. Tenemos que conocer a los parientes de los desterrados.
- No los tengo.
- ¡Mentís! Tenéis una hermana.